

Ideas psicológicas del filósofo Prudencio

Por Valentín Soria

Aurelio Prudencio nos dejó acertadas ideas sobre psicología. En este trabajo he pretendido desempolvar y airear dichas ideas prudencianas como pertenecientes a un filósofo notable y destacado de su tiempo. Quedará para otra ocasión el comentar y estudiar con mayor profundidad estos hallazgos psicológicos.

Un dato interesante nos da Prudencio sobre la sensación del dolor y sobre la analgesia: “Aquel (verdugo) que atormentando sin causar la muerte, manifiesta su crueldad con los dolores de las punzadas, cuando más profundamente llega a tocar las vísceras vitales, proporciona mayor descanso porque aplica cerca ya la muerte”.

Acertadamente afirma Prudencio la libertad humana: “Nadie culpe cuando peca a la condición de su naturaleza ni a los humores del cuerpo; es cosa fácil frenar los afectos rebeldes de la carne y dominar los débiles ímpetus de la materia frágil y sojuzgar las vísceras ya vendidas”.

Investigando en el interior de la vida humana Prudencio saca estas conclusiones: “Siempre que se produce una sedición en el interior, turbados nuestros sentidos, y fatigada al alma por el combate de las enfermedades, dínos cuál es entonces la mejor defensa para salvaguardar la libertad del alma, qué línea de combate es más eficaz contra las furias esparcidas por las entrañas; pues, Tu, buen maestro, no nos dejaste a los cristianos pobres de virtudes y necesitados de fuerzas a merced de los vicios devastadores”.

Frente a los instintos, las tendencias, las pasiones y cualquier circunstancia debilitativa de la libertad humana Prudencio sostiene claramente lo siguiente: “He aquí constatado un documento insigne de la libertad humana, por el cual quiso el Señor indicarnos que en nuestra mano está el seguir el camino que queramos. Dos reciben la orden de salir de Sodoma: el uno escapa voluntariamente, la otra protesta; él, huyendo, se apresuró en el camino; ella, en cambio, vuelve la vista a-

NOTA — Las citas de Prudencio incluidas en este ensayo han sido tomadas de las “Obras Completas de Aurelio Prudencio”, BAC.

trás. Libres son las dos almas, pero diversa es la resolución de cada una. El capricho divide, arrastrando a cada uno a su lugar”.

Nos abre Prudencio un horizonte nítido sobre el problema de la libertad humana en los siguientes términos: “¿No conoces, oh loco, la esencia de tu libertad, concedida por el mismo Creador? ¿No sabes cuánto poder sobre el orbe y sobre tu libre albedrío se te ha dado desde un principio y que por derecho de voluntad puedes querer y seguir lo que te guste, sin someter el alma a obstáculo alguno?”.

Habla Prudencio de la mordaza que el alma puede poner a los miembros y del dominio y señorío que puede ejercer, y de que la libertad del hombre es una realidad indubitable: “Porque el alma, elemento más importante, como enviado del alto cielo, puede tener, si quiere, sujetos los miembros y amordazarlos con ímpetu fuerte e imponerles sus severos mandatos; ninguna fuerza resiste a tal señor”.

Alude Prudencio a una obligación de querer, del hado que impulsa al crimen, del no poder no querer, afirmando abiertamente la libertad humana frente a la opinión de los adversarios que rechazan la libertad mediante la falsa creencia de los hados: “Y puesto que así lo determinan, que nos digan por qué está escrita la ley en doce tablas o por qué amenaza la ley que prohíbe pecar a los reos, si el hado férreo los inclina al crimen y los sumerge en el suplicio. Más aún: los obliga a querer, insinuándoles malos propósitos y no pueen los desgraciados no querer cometer lo prohibido”.

Insistiendo en el problema de los hados Prudencio enérgicamente rechaza dicho influjo fatal: “Los que crean en la existencia de los hados sepan que Dios es Padre de todos, que no está sujeto a ninguna estrella fatal ni se rechazan los santos deseos por ley ninguna de la astronomía, porque el alma vive realidades mayores, y se levanta más allá de las estrellas y pasa sus órbitas y pisa con sus pies las ficciones del hado y todas las circunstancias del tiempo del nacimiento que se creía determinaban una suerte inmutable”.

Con ímpetu arremete Prudencio contra los hados: “Si tenéis vergüenza envainad vuestra espada y retirad esas duras leyes que castigan a los tormentos a los que no pueden merecer ni desmerecer; abrid las mazmorras de la cárcel en que tenéis encerrados los cuerpos de esa multitud inocente siendo el hado el único malhechor”.

Afirma Prudencio que la voluntad no es forzada por ningún hado: “Reconoced a vuestro Creador. Tenéis ante los ojos una doctrina de libertad. No hay hados que fuercen las voluntades; y si los hubiera, se desvanecerían imponentes delante de Cristo”.

El sueño consiste primordialmente en que casi toda la vida psíquica está en período de ligazón, producido principalmente por la alteración de los nervios, sobre todo del cerebro. En el sueño los sentidos preceptivos casi cesan por completo su actividad. Nada vemos; a pesar de no estar taponados los oídos no escuchamos casi nada, carecemos de las percepciones de dolor, calor, movimiento. Aunque siempre hay en el sueño leves percepciones de sonidos, dolores y afecciones.

La fantasía no pára su actividad y produce los sueños, pero no se rige por las potencias racionales, ya que éstas descansan, sino por leves percepciones y por las leyes de la asociación.

La actividad del entendimiento está algo remisa, pues aunque hay en el sueño ideas, juicios e incluso raciocinios, sin embargo, falta la debida comparación de ideas y de juicios.

Nos trae nuestro filósofo Prudencio con acierto y concisión unas ideas claras sobre el alma, sobre sus caracteres, sobre la sutilidad, sobre lo ígneo y sobre lo veloz del alma. Frases y palabras cargadas de las filosofías griegas, pero dignificadas y cristianizadas. Dice así: "Pero no es tampoco perezosa ni tarda la naturaleza del alma para evitar la herida, puesto que Dios le dio un ingenio ígneo, puro, sabio, sutil, sereno, movible, solícito, veloz, activísimo, agudo; con tal que le sirva con castidad a su Creador y luce por El y deje con sobriedad el mundo, no deseando con vana ilusión nada de las riquezas pestilentes...".

Habla Prudencio del alma que espera a distancia y que es aquello que en el hombre sirve para diferenciarlo de los brutos. Dice así: "¿No es cierto que una sola cosa separa al hombre del bruto, que los bienes de las bestias se reducen a lo que tienen delante de los ojos, y el hombre por el contrario espera lo que a distancia le aguarda en la otra vida?".

Alude Prudencio a los dones que el Creador ha hecho al alma. Por cierto que la versión que aquí utilizamos no traduce correctamente una frase prudenciana escribiendo "que habita en la región purísima de la vida", en vez de "lucis, ei aetheris indigena". Se expresa Prudencio de la siguiente manera: "¿Qué obsequio más digno puede ofrecer el alma generosa, indígena de la luz y del éter, que celebrar los dones que el Altísimo lo ha hecho, cantando al Creador?".

Una consideración atenta de los hechos nos lleva a la conclusión de que el alma no es material, el alma es espiritual. La materia tal cual la conocemos se define por la extensión y por el movimiento en el espacio y tiene la propiedad de impresionar los sentidos y de provocar sensaciones.

Nuestros hechos anímicos carecen de dimensiones, no implican desplazamientos, no se ven, no se oyen, ni en manera alguna pueden ser objeto de percepción sensible. Aún los contenidos sensoriales e imaginativos, que parecen semejantes a la materia real, no presentan las propiedades de la materia.

Un sol imaginado ni alumbra ni calienta; la figura proyectada en la pantalla de televisión con la imagen consecutiva no es percibida por otro que yo.

Es cierto que las realidades anímicas se dan con el cuerpo, coexisten con las modificaciones corporales; que los trastornos del cuerpo se acompañan de perturbaciones de los procesos psíquicos; que la ausencia de ciertos órganos —la vista— implica la ausencia de determinados procesos —las percepciones visuales—. Sin embargo, la convivencia y la coexistencia de un ser con otro no entraña su identificación.

Nos afirma claramente nuestro filósofo Prudencio que en nosotros, en nuestros adentros, en nuestro interior, está el espíritu. Dice así: "Esfuézate más bien en deshacer y en castigar al espíritu, que está dentro y que vence, oh tirano, tu locura. Irrita, irrita a éste, persi-

gue a quien nadie ha superado aún, a quien no domeñan las persecuciones y solo a Dios está sujeto”.

Nuestro Prudencio dice sobre la inmortalidad del alma: “La salud del alma, es la única que no desfallece, sino que durando siempre sufre distintas suertes...”.

En la cita anteriormente traída, el traductor quita fuerza a la expresión prudenciana “on occidit”, pues es algo más que “no desfallece”, dice claramente la idea de inmortalidad, de no muerte, de no ocisión, pervive sin sucumbir.

En otro pasaje prudenciano se afirma no solamente la inmortalidad de las almas, sino que se defiende abiertamente la resurrección de los cuerpos. Dice así: “Si vemos reposar el cuerpo inerte e insensible, poco tiempo queda ya hasta que vuelva a tomar los huesos y torne a mover sus antiguos miembros, renovados con sangre nueva. Los torpes cadáveres que yacían hace tiempo corrompidos en los sepulcros serán tomados por los aires ligeros acompañando a las almas prisioneras”.

Respecto a la unión del alma con el cuerpo Prudencio dice lo siguiente: “Por fin, compadecido Cristo del mártir, desde el cielo manda desatar los lazos del pecho y corta las dolorosas tardanzas y los vínculos de la vida dejando expeditos todos sus escondites”.

Sobre la idea de que el cuerpo es como una cárcel para el alma vemos en Prudencio la siguiente expresión: “Si me ha de visitar la muerte —dijo— que desata al alma libre de la prisión del cuerpo y la devuelve a Dios, su Creador...”.

Sobre la mentalidad china hallamos unas teorías que contrastan con las relaciones entre materia y espíritu. Tchu-Hi afirma que todos los seres se componen de dos principios coeternos y distintos aunque inseparables, li (forma) y ki (materia, que se hace inteligente en el hombre).

Dice Prudencio sobre estas ideas: “De esta manera vivifica e informa el alma humana la vida del hombre que tu intentas animar con ese fingido genio de los miembros que no está en ninguna parte ni ha existido nunca”.

Si antes Prudencio ha mencionado la idea de cárcel, ahora habla de fraternidad, de domicilio, de habitación, aludiendo a las relaciones entre el cuerpo y el alma. Dice así: “No niego que el alma sea algo de Dios, pero no puede llamarse en modo alguno parte de Dios; lo que comienza a existir y el alma se crea al mismo tiempo preciso en que se forma el cuerpo. La veo creada cuando entra como una hermana en la casa del corazón amigo, y huésped del reciente limo, ella también recién creada se acomoda en la habitación que se le ha proporcionado”.

El traductor ha omitido en el verso 829 la palabra “fraterna”, así como en el verso 826 ha quitado la fuerza a la expresión “nec prior aut senior quam primum plasma” que tan significativa y tan filosófica es tratándose del momento de la creación del alma por Dios.

Los hombres proceden unos de otros por generación. Pero el hombre resulta de la comunidad de vida que tienen dos seres, dos entes, el alma y el cuerpo. ¿Ambos tienen igual procedencia?

La biología nos describe el proceso merced al cual surge el organismo humano y la intervención causal de los padres en tal proceso. Pero, ¿también el alma, de condición superior, acusa el mismo origen? Tal afirma la teoría generacionista, defendida por San Agustín por consideraciones teológicas.

Frente a esta teoría agustiniana ocurre la explicación creacionista que basándose en la superioridad del ser del alma humana, no ya solo respecto de la materia, sino también de la materia viva y organizada, postula la intervención divina en la producción del alma del hombre, y como la acción productiva divina es la creación —productio ex nihilo— la creación divina es el alma de cada hombre.

¿En qué momento del desarrollo del organismo? ¿Cuándo? ¿Cómo? Misterio. “Ignoramus et ignorabimus”. No obstante respecto del cómo, apunta la tradición escolástica la idea de que en un momento del desarrollo del embrión humano Dios infunde el alma racional.

Aclara Prudencio algunas ideas sobre las relaciones entre el cuerpo y el alma. Dice así: “. . .De forma que mientras las sustancias espirituales están sometidas a las materiales, como encerradas en una cárcel, predomina siempre como señora la parte que tiene su origen en el cielo”.

Es una verdad el acuerdo y la armonía entre los hechos psíquicos y corpóreos que en el hombre se producen. Las sensaciones —hechos psíquicos— no se producen sino cuando las impresiones de los estímulos se han propagado hasta el cerebro. Los hechos voluntarios no tienen realización sino cuando entre el cerebro y los músculos hay continuidad de funcionamiento. La producción de un hecho psíquico halla resonancia en procesos corporales y viceversa.

Las emociones son un estado sentimental con trastornos orgánicos. El alma y el cuerpo conspiran de una manera maravillosa al desarrollo de la vida humana.

¿Cómo se verifica esta correspondencia y armonía? ¿Cómo se explica la vida humana, resultante inefable de las relaciones entre el alma y el cuerpo? “Maravilloso en extremo —dijo San Agustín— e incomprendible para el hombre es el modo como el espíritu y las fuerzas anímicas se insertan en los cuerpos”.

Nos habla Prudencio de que el alma está toda en sus partes más pequeñas. Nos dice así: “¿No rompéis sus entrañas en mil surcos? ¿No vais buscando en su interior por las heridas esa alma que ha hablado con audacia contra el príncipe?”.

Es cierto que Platón, San Agustín y Descartes conciben el cuerpo y el alma como dos sustancias completas, absolutamente heterogéneas y que, sin embargo, actúan la una sobre la otra; en esta mutua influencia hacen consistir el vínculo que las relaciona.

Subrayan la importancia del alma hasta el extremo de considerar al hombre como un alma que se sirve del cuerpo, como el piloto de la nave o el jinete del caballo y, por tanto, la unión entre ambos elementos es solamente accidental. San Agustín reconocía en el alma una íntima y natural tendencia a tal unión que daba al cuerpo su carácter de tal.

No obstante, la experiencia solo acusa la coexistencia o sucesión de hechos psíquicos y corpóreos; nada nos dice de esa acción mutua entre ambos principios. De lo que tenemos íntima persuasión es de la unión estrecha de ambos elementos, inexplicable por esa pura relación de influencia. Mi cuerpo, ¿por qué recibiría tan solo el influjo de mi alma y, a su vez, solo sus impresiones en ella encontrarían eco? No explica la individualidad de nuestro ser de hombres, resultante de la conjunción de un alma y de un cuerpo.

Dice Prudencio algo interesante sobre el corazón como sede o sitio para el alma: "...Purificada el alma en la sangrienta fuente sale del asiento del corazón".

En las relaciones entre el alma y el cuerpo que venimos comentando existe la teoría del paralelismo promulgada por Fechner, el instaurador de la psico-física y defendida por Wundt, Muensterberg, Hoffding, Ebhinghaus, que reconoce la irreductibilidad de los hechos psíquicos y corpóreos y niega la influencia causal de los unos en los otros. Los procesos en nuestro cuerpo solamente se condicionan causalmente entre sí, lo mismo que los acontecimientos anímicos solo encuentran explicación causal suficiente en otros acontecimientos anímicos. Forma en cada hombre dos series de hechos, heterogéneos entre sí, que se suceden paralelamente, es decir, cada acontecer psíquico se acompaña de un fenómeno físico o fisiológico y viceversa.

El afán de encontrar una explicación de este paralelismo ha llevado a sus defensores a la hipótesis de la identidad, cuyos antecedentes se hallan en "la substancia única" de Spinoza.

"Sería una casualidad muy singular —escribe Hoffding— la constancia de este paralelismo sin que hubiera en la base una conexión íntima que lo explicara". Y en otro lugar dice el mismo Hoffding lo siguiente: "La correspondencia entre ambas series exige una identidad; pero las diferencias entre ambas obliga a admitir que es un mismo y único principio que ha encontrado una doble forma de expresarse".

Todo ocurre, siguen afirmando los seguidores de la teoría del paralelismo, como si un mismo y único pensamiento se expresase en dos idiomas. Los dos mundos —el psíquico y el fisiológico— son dos expresiones de un mismo ser, los lados convexo y cóncavo de una curva; para la conciencia son acontecimientos anímicos, sensación, pensamiento; para la percepción de los demás son fenómenos corpóreos; nuestro ser es, visto por dentro, alma; visto por fuera, cuerpo.

Sin embargo, la teoría del paralelismo es más bien una hipótesis metodológica que una explicación de esa comunidad de vida que es el hombre. No es éste un campo donde actúan por separado fuerzas heterogéneas, sino un centro de acontecimientos de diverso carácter donde se atraviesan y concurren factores heterogéneos, es verdad, pero que aparecen sometidos a una unidad: la individualidad, el carácter humano es la convergencia admirable en el ser y en el obrar de los elementos que lo integran.

Nuestra experiencia contradice una de las bases del paralelismo, la no interacción entre ambas series. Los hechos del lenguaje, de la educación, de la vida social en general, ponen de relieve no solo este entrecruzamientos de influencias de los procesos anímicos y los fisi-

cos y fisiológicos —pueden provocarse, alterarse, encauzarse, impedirse mutuamente— sino también la ruptura del engranaje y sucesión entre los procesos de la misma serie.

Nuestro actuar en el mundo —la conducta, la técnica, el arte— no es otra cosa que una demostración palmaria de esta influencia de lo psíquico en lo físico; por su parte, el medio en que nos movemos orienta nuestra vida.

Añadamos respecto de la hipótesis de la identidad lo que el mismo Hoffding dice a propósito del ser, cuyas expresiones serían lo anímico y lo corpóreo: ¿Qué ser es ese? ¿Por qué tiene una doble manifestación? ¿Por qué una sola no le basta?

Por otra parte la aprehensión de los acontecimientos de ambas series se da en las experiencias de cada uno de nosotros; en los demás no solo percibimos su volumen, figura y demás cualidades corpóreas sino, de un modo o de otro, sus acontecimientos psíquicos. Rigiendo en cada serie leyes distintas —libertad en una, necesidad en la otra— se comprende mal su identificación en un ser.

Las mutuas influencias entre el alma y el cuerpo las vemos presentadas por Prudencio en estos términos: “Hierven las guerras de exterminio encerradas en las intimidades de los huesos; se enciende en guerras civiles la compleja naturaleza del hombre, pues las entrañas torneadas de barro oprimen el alma; ella, por el contrario, emitida por el aliento divino se asfixia en la cárcel del negro corazón y rechaza las villanías en sus dilacerantes grillos”.

Nos presenta Prudencio una descripción interesante del cuerpo humano como creado por la mano divina. Dice así: “Evapórese la sangre, líquidense los huesos, desvanézcass la tesitura de los nervios. Todo lo que se ha hecho lléveselo el viento, dispérsenlo las tenues auras, sea una ilusión cuanto somos. ¿Y qué hace Cristo, si no toma mi naturaleza? ¿A qué enfermo puede curar, si no se digna tomar sobre sí el peso de la carne y siente asco de la obra de sus manos?”.

Un detalle en que se ve la importancia que daban al corazón dentro de la fisiología en el compuesto humano nos lo trae Prudencio en estos términos: “...Porque creían que el virus mortífero llegaría pronto al corazón por la lívida cutis...”.

Hablando también sobre la consistencia del cuerpo se expresa así Prudencio: “Puedes imaginarte a toda esta progenie fantástica con cuerpo de aire: Leví, Judá, Simeón, David; de aire también los cuerpos de los grandes reyes y el mismo vientre de la Virgen también de aire y grávido de neblinas y de aire”.

Otro párrafo interesante sobre el cuerpo humano trae nuestro filósofo. Dice así Prudencio: “La sangre, siguiendo los caminos abiertos de las venas desde su más íntima fuente, deja el corazón y el alma anhelante salir por todos los agujeros de las fibras del acribillado cuerpo”.

Ofrece cierta oscuridad la siguiente frase prudenciana hablando del cuerpo, del cadáver y de los miembros exánimes: “¿Cuándo te veías vencido por el influjo de un cuerpo muerto, inferior al mismo cadáver y menos poderoso que unos miembros exánimes?”.

Maravillosa es la descripción que el filósofo Prudencio hace del alma con ojos libres de carne: "Concédele a esta alma mía, que cuando dejare el hospicio de este cuerpo, formado con nervios, piel, sangre, bilis, huesos, al que ésta corrompida huésped a ¡ah! abraza tan estrechamente, cuando la hora de la muerte cierre estos ojos y yazga la obsequiada materia, goce el alma de sus ojos libres de la carne...".

En otro lugar Prudencio habla de la muerte del cuerpo y de la inmortalidad del alma: "Debo de preparar con méritos la suerte eterna que en el futuro haya de caberme; no me interesa cómo hayan de caer mis miembros pues han de perecer necesariamente por ley natural. Se aproxima el desenlace; desfallezca lo que ha de descomponerse".

Que el alma no muere lo afirma clara y rotundamente. Dice así Prudencio: "Luego no te detengas sayón; quema, corta, divide estos miembros formados de barro. Es cosa fácil romper un hilo delicado; no morirá mi alma, por muy hondo que sea el dolo".

Sobre la resurrección de los cuerpos y de la unión otra vez con las almas que no mueren, dice Prudencio: "Oportunamente ha de hacer esto mismo con el hombre, de manera que se levante de la ceniza muerta y recupere su estructura antigua; y en cuerpo y alma, según hayan sido sus obras ha de satisfacer con suplicios eternos sus crímenes o brillará por el contrario en los alcázares de la suma santidad, permaneciendo eternamente en cualquiera de las dos suertes que consiga".

Nos explica Prudencio la resurrección de los muertos tratando de las almas y de los cuerpos. Dice así: "No me es difícil rodear de fuego la naturaleza espiritual (el alma) aunque ella se mueva como el viento sutil. La sujetaré aunque yo sea incorpóreo y creador de las almas y la rodearé de tormentos. Y a los mismos cuerpos los haré ser consorte de idéntica pena; puesto que puedo hacer de las cenizas los antiguos cuerpos no desespera mi poder. Yo que hice al hombre nuevo prepararé al hombre muerto".

Algo oscura nos parece la siguiente frase de Prudencio: "Una es, pues, la disposición del mundo y la de este cuerpo que sustentamos, una misma naturaleza sustenta a los dos. Crecen nacidos de la nada y para reducirse a la nada titubean en las enfermedades y se envejecen rendidos por el tiempo".

También nos parecen algo desconcertantes las expresiones prudencianas que copiamos a continuación: "¿Aprovecharán por ventura tales bienes o tamaños males después de la descomposición de la carne, cuando la muerte destruya cuanto soy, cuanto he sido en el cuerpo?".

Mucho más límpido y claro es el pensamiento de Prudencio sobre el alma y el cuerpo en estas frases: "Aunque la corrosiva sucesión de los tiempos deshiciera en cenizas los huesos y se contrajera la árida ceniza a un puñadito; aunque las ciegas ráfagas del viento o las rápidas auras mezclaran con el polvo en el vacío éter los nervios, no podrá con todo parecer el hombre. Pero mientras vuelvas a llamar y reformas Señor el cuerpo descompuesto, ¿en qué región dispondrás descanse el alma pura?".

Un texto importante sobre el alma copiamos a continuación. Dice así nuestro Prudencio: "No engendran las almas a las almas, sino que Dios infunde ocultamente su obra con la que respiran los pequeños cuerpos y reciben la centellita de la vida una vez se empiezan a formar los miembros".

A continuación nuestro filósofo Prudencio trae una importante expresión sobre la manera de informar el alma al cuerpo. Dice así: "Y aunque a cada nuevo cuerpo informa siempre un alma nueva, ella es, sin embargo, de la raza pecadora de nuestros abuelos, porque ha sido formada de la substancia corrompida con el pecado".

Esta ha sido la visión prudenciana sobre temas sueltos de psicología, donde se patentiza la formación tan extraordinaria que nuestro filósofo zaragozano Prudencio tenía. Fue un excelente filósofo, que además escribía en versos latinos su filosofía. Primero, filosofía, luego poesía.